

Sujeto, historia y memoria en la elaboración benjaminiana

Alberto Aníbal Pérez

Introducción: un camino por las Tesis de Walter Benjamin

Me propongo habilitar una lectura que me permita entrar en las tesis *Sobre el concepto de historia* (*Über den Begriff der Geschichte*, en adelante: *Tesis*) desde otra colocación que no fuera la del deslumbramiento que éstas provocan aún luego de varias recorridas por el texto. Es necesario construir un contexto en el que poder pensar algunas funciones ordenadoras de la lectura en la aparente emanación poética que las produjo. Creo que puede ser útil abrir una perspectiva en las discusiones sobre el pensamiento benjaminiano que provoque un acercamiento al terreno de la historiografía o, más literalmente traducido de la escritura de la historia (*Geschichtsschreibung*), ámbito al que Benjamin encamina explícitamente su preocupación. En este rumbo se pueden aportar algunas precisiones que definen con más claridad el sentido de la obra en cuestión.

En la zona de recepción de la obra benjaminiana hay un interlocutor difuso que se ubica en el campo de la filosofía, naturalmente, pero también en el campo del historiador, o del que está en camino de serlo, del sociólogo de la cultura, del crítico literario o del arte en general, etc. Este variado conjunto se zambulle en las atractivas aguas benjaminianas con el entusiasmo del explorador y regresa a las orillas del cauce en la perplejidad del que tiene más dudas que certezas pero, con la convicción de haber encontrado algo oscuramente significativo sobre lo que pensar. Efectivamente, las *Tesis* son de los textos más difundidos y que, a la vez, reclaman en mayor medida una elaboración descifratoria. Trataré, entonces, de abrir una serie de consideraciones que pongan contexto y referencia para habilitar un camino de lectura.

Para apuntar centralmente a las *Tesis* es preciso referirse al conjunto de las elaboraciones de Benjamin en la etapa tardía de su obra, desde fines de la década del veinte hasta su muerte. En ese lapso, se difunden las obras de juventud de Marx y Engels y Benjamin lee *El dieciocho Brumario de Luis*

Bonaparte de Marx (Opitz/Wizisla 2011: 683, nota 42), elementos que son importante fermento para la reformulación final de su producción. Estos trabajos de Benjamin incidirán, al menos, en los campos de la teoría de la historia, la sociología –especialmente de la cultura–, la filosofía y el debate marxista en general. Por supuesto, no aspiro a revisar todas estas repercusiones sino, fundamentalmente, quiero captar algunas de las perspectivas e impulsos renovadores que se desprenden de ese intenso momento de su producción.

Sujeto, individuo, arte y sociedad

Resulta especialmente complejo detallar el conjunto de ámbitos teóricos a los que afecta el cuestionamiento que pone en marcha Benjamin con las *Tesis* en términos del debate de su época; me contentaré sólo con algunas conexiones referidas fundamentalmente a lo que suele llamarse Teoría Social y a su conexión con la Teoría de la historia.

Es en ese contexto que me parece interesante, en primer lugar, explorar la mirada sobre el sujeto que propone Benjamin como ingreso al territorio de la concepción de historia que se tramita en las *Tesis*, ya que “sujeto” es una categoría central para la apropiación y reformulación de la dialéctica materialista que emprenderá su autor. Pero además, creo que la cuestión se vuelve más significativa todavía si pensamos en la relación polémica que desarrolla Benjamin con las posiciones neokantianas de su época y la forma en que se vale de diversas posiciones intelectuales y teóricas para ampliar las posibilidades de su crítica. A fines del siglo XVIII, la perspectiva kantiana había instalado en el centro de la discusión epistémica la noción de experiencia, *Erfahrung*, como base para el conocimiento; la conexión empírica entre sujeto y objeto es la clave que determina el carácter científico de una producción cognitiva, ya que para Kant **sólo** se conoce con oportunidad de la experiencia. Benjamin, en abierta discusión con la herencia neokantiana, polemizará poniendo en cuestión la consolidación de una noción menguada de experiencia con la que se mueve y acometerá contra el modo de abordar la individualidad que estableció la sociología weberiana y todo el comprensivismo; la sistemática relaboración de las “constelaciones” como herramienta metodológica se inserta también en este contexto.

La historización del sujeto

Si partimos de la figura del *flâneur*¹ —paseante—, como arquetípica de la sensibilidad benjaminiana, comenzamos a poner en foco el modo en que Benjamin aborda la búsqueda social explorando a un protagonista de la modernidad y al modo en que habita el mundo del moderno capitalismo este sujeto que porta la **individualidad** y, de algún modo, la preserva.

El *flâneur* se entiende en contraste con la multitud de las grandes ciudades pero, se diferencia de ellas en que es capaz de adueñarse de otro modo de la ciudad y de sí mismo; la peculiaridad de su recorrido abierto y sin propósito premeditado le otorga el título paradójico de cierta identidad dentro del anonimato masivo urbano: él logra, así, establecer una diferencia con el *badaud* (mirón). Cita Benjamin de Victor Fournel en *Ce qu'on voit dans les rues de Paris* de 1858:

No confundiremos el *flâneur* con el *badaud*. El simple *flâneur* observa y reflexiona; al menos puede hacerlo. Está siempre en posesión de su individualidad. Por el contrario la del *badaud* desaparece, absorbida por el mundo exterior [...] que lo golpea hasta la embriaguez y el éxtasis. Bajo la influencia del espectáculo, el *badaud* se convierte en un ser impersonal; ya no es más un hombre, es público, es la multitud. (Benjamin 2013: 141)

Benjamin estudia este personaje urbano contrastándolo con el mundo del mercado y sus configuraciones; por esta vía nos señala una entrada al formato de un individuo moderno que, a la manera nietzscheana/weberiana, atiende a la forma en que el sujeto individual es capaz de introducir sentido en la trama social, sólo que en el caso de Benjamin, más bien, se detecta una forma de conciencia que mantiene una sensibilidad no dominante y de una eficacia que resulta debilitada si se piensa en términos de propagación social. Como figura social, representa un estado de ambivalencia respecto de la sociedad en la que vive sosteniendo, a la vez, un matiz diferenciado pero, incorporándose al entramado material vigente en la sociedad capitalista, que incide en las mediaciones sociales afectando, finalmente, la lógica de relación del individuo con el mundo de la cultura.

Ahora bien, el individuo y la forma particular en que se constituye en el mundo urbano moderno son un modo en el que puede pensarse al su-

1 Núcleo significativo de *París, capital del siglo XIX* y del trabajo de los *Pasajes*. Del mismo modo, el traperero, el dandy, la prostituta y el mirón son referencias ilustrativas de la subjetividad acuñada por la modernidad del siglo XIX.

jeto desde la Teoría Social, lo que Adorno llamaría “la degradada categoría social de individuo”² y que Benjamin prefiere enfocar en términos de un sujeto constituido en una nueva complejidad que es la de la modernidad cultural urbana del capitalismo tal como se modela en el siglo XIX y se continúa en el XX. Este procedimiento de contraste y remodulación de la relación entre sujeto teórico y práctico es una manera de repreguntar por claves centrales del pensamiento materialista en las reformulaciones del Marxismo Occidental (Anderson 1990);³ el territorio teórico en cuestión es aquí la relación teoría-práctica que, desde las “Tesis sobre Feuerbach” (Marx/Engels 1985) plantean una agenda propia en el materialismo. Benjamin se aleja de una resolución mecánica de la cuestión que consistiría en convertir a la praxis en el momento mágico de resolución automática del obstáculo encontrado en la teoría y, en su lugar, pone en marcha una lectura de la subjetividad del presente desde la que se detectan persistencias y latencias que colocan al sujeto en un escenario diferente. Así, el sujeto está en un presente en el que se conecta con la dimensión de lo no realizado todavía; la conciencia registra, aunque en forma pasajera, fulgurante pero, intermitente, un elemento del pasado que queda pendiente de realización. La práctica no es ya el encuentro con la transformación de la sociedad por el solo hecho de ir más allá de la teoría, es un momento inestable, variable, que puede continuarse o remitir; llanamente dicho: histórico.

Efectivamente, este individuo moderno urbano, desde ya, se distancia del carácter abstracto que plantea el sujeto trascendental kantiano e, igualmente, se distancia de su transposición neokantiana, en la que se presenta a través del sujeto epistémico de las diferentes disciplinas reunidas en el campo de las ciencias de la cultura, de la historia o, del espíritu. Tampoco es el tipo ideal weberiano que a través de la interacción social, consciente o inconscientemente, se integra en una trama de relaciones en la que consolida un sentido compartido socialmente. Ni mucho menos, es el proletariado revolucionario lukacsiano que a través de su conciencia de clase, fuertemente arraigado en la lógica de sus intereses, empujará a la

2 Trató esta temática sobre el individuo y la historización en Pérez (2005).

3 Sumariamente, debe señalarse que el Marxismo Occidental representa un tipo de elaboración materialista que confronta sus nuevos desarrollos en diálogo abierto con repertorios teóricos no marxistas de todo tipo. Particularmente, la obra benjaminiana encuadra en esta referencia, en tanto articula elementos de la crítica e historia estéticas, de la sociología alemana, de la tradición judía y un lazo renovador en el terreno de la conexión con la cultura francesa que siempre representó para Alemania un ámbito de fuertes contrastes.

historia misma a liberar a todo el género humano. Antes bien, se trata de un sujeto que circula en el universo social del intercambio mercantil y que, desde una conciencia sonámbula, fragmentariamente, ve emerger señales, aunque nada garantiza que vaya a despertar o a encontrar repentinamente la resolución de sus contradicciones.

Una referencia fundamental sobre la captación que hace Benjamin del escenario histórico es la incorporación de la literatura como un dato que contiene las fórmulas y perspectivas que revelan la manera en que se produce la transformación social e histórica. Baudelaire es el que percibe la lógica de la vida social en la multitud y el que abre el sentido de una época en la que el *flâneur* es un emergente significativo. La mirada de la poesía de Baudelaire está en el centro de *París, capital del siglo XIX* (1935) y de *El París del segundo imperio en Baudelaire* (1938) y es punto de partida para descifrar el escenario histórico. El *flâneur* se revela íntimamente conectado con el espacio urbano en el que se construye un contraste entre el interior en el que están las huellas de la personalidad y, por otra parte, el afuera donde, tras el velo de la multitud, está el asocial que se esconde en la sociedad; desde esta matriz no es raro que surja la novela policial. Por otra parte, los pasajes, que surgen en 1822 y se extienden por quince años de la mano del comercio textil, el desarrollo de la ingeniería de las columnas de hierro y vidrio como material de construcción, son lugares de paseo y de exhibición de mercancía de lujo que representan un afuera que permite al *flâneur* estar como en un interior, con cristales por arriba y mármoles en las paredes; una suerte de culminación de la *flânerie* que, cuando desaparecen los pasajes pasados de moda, pierde su elegancia.

El *flâneur* rompe este “aislamiento insensible de cada uno en sus intereses privados” solo en apariencia, al llenar el hueco que ha creado en sí mismo ese aislamiento propio con los prestados, imaginados en los extraños. Frente a la clara descripción de Engels, resulta oscura la siguiente declaración de Baudelaire: “El placer de estar en una multitud es una expresión misteriosa del disfrute de la multiplicación del número”; pero la frase se aclara cuando no la pensamos como pronunciada solamente desde el punto de vista del hombre sino también de la mercancía. En tanto el hombre como fuerza de trabajo, es mercancía, no necesita ponerse en el lugar de ésta. (Benjamin 2013: 127)

La lógica de esta reconstrucción benjaminiana sobre el *flâneur* superpone, por un lado, la referencia a la crítica de la economía política (remisión a los intereses privados citando a Engels y a la presentación del hombre vendido como fuerza de trabajo en el mercado) y, por otro, la alegoría poética de

Baudelaire reuniendo la abstracción de la multiplicación del número con la carnalidad de la multitud; este montaje reúne las lecturas de la determinación estructural de la sociología materialista y la iluminación profana de la poética modernista, abriendo un horizonte de interpretación en la que ninguno de los polos anula al otro. Al contrario, uno reclama al otro y ambos aseguran el juego abierto de una subjetividad históricamente emergente que se abre paso en una lógica material rígida y, paralelamente, hay márgenes de movimiento para que entendamos la simultánea fascinación que ejerce la mercancía y la súbita conciencia de sí que puede cobrar un individuo sobre su inserción es ese complejo. Hay una literatura que se vuelve indicio histórico de la capacidad del individuo para captar, fuera de una cerrada determinación materialista, condiciones leves de autonomía que amplían la experiencia, ya sea la portentosa poética baudelaireana o la módica autonomía del *flâneur*. A la vez, debe notarse que a la reconstrucción histórica se une el sostenimiento de la crítica de la sociedad, objeto de esa tarea interpretativa, y nos aparece la literatura misma como una herramienta de construcción de conciencia histórica pero, una conciencia tal que no es de por sí heroico garante de la grandeza futura sino, una conciencia que puede revelarnos que somos capaces de integrarnos en la lógica de la mercancía incluso desde la perspectiva de disfrutarla como pasatiempo.

Esta lectura del *París del siglo XIX* quiere jugar un papel en la consideración sistemática de la lectura histórica, que se trata de una prehistoria, *Urgeschichte*, del siglo XIX que permitirá entender cómo se continúa el capitalismo en el siglo XX. Como ya lo había hecho para el siglo XVII en *El origen del drama barroco alemán*, Benjamin aplica el procedimiento de lectura histórica entrando por la superestructura para descifrar la lógica histórica de una época. Éste es sin duda su sello característico.

El rumbo de historización constituye uno de los procedimientos materialistas más notables y característicos en el grupo frankfurtiano, según el cual la réplica crítica a la abstracción es construida desde la reformulación histórica de aquello que la teoría viene elaborando en términos de categorías consolidadas en el debate, que serán ajustadas a partir de una suerte de actualización histórica constante. Desde esta reformulación es pensada la cuestión de la problemática de la experiencia, ya no como programa teórico, tal como la encontramos en *Sobre el programa de la Filosofía futura* (1918) sino, como una exploración en el terreno históricosocial, una constatación del estado en el que está efectivamente el sujeto de la experiencia.

Presento, finalmente, una cita que muestra la conciencia que tenía Benjamin sobre el camino de sus elaboraciones. En una carta dirigida a Horkheimer, fechada en París el 23 de marzo de 1940, Benjamin presenta con mucha admiración el libro de Georges Salles, *Le regard*. Luego de señalar la coincidencia de sensibilidad que tiene con el autor, dice Benjamin: “Salles parece darse cuenta perfectamente de cuánto puede enseñarnos la penetración teórica del objeto de arte, siempre que haya penetrado lo suficiente, acerca del ‘**nacimiento de un tipo social**’” y, a continuación cita el libro de Salles:

Para estudiar un arte en sus fundamentos, es preciso, al fin y al cabo, romper nuestros marcos y zambullirse en el corazón de las alucinaciones de las que ese arte no nos entrega más que un sedimento petrificado; es preciso viajar en las profundidades de especies sociales desaparecidas. Tarea arriesgada que tiene motivos fundados para acometer una **sociología consciente de su misión**. (Benjamin 2000: 39)

El siglo xx ante el ojo del arte

La peculiar forma en que mira Benjamin la modernidad puede pensarse como una exploración acerca de la forma actual del sujeto, del modo en que hoy le toca a los sujetos del presente ser tales. Sus ensayos recopilan la manera que tiene el sujeto actual de insertarse en la complejidad del presente, la mirada sobre la cultura está puesta en marcha para evidenciar la conexión con el mundo de que dispone un sujeto en el complejo social. En este sentido, es especialmente sintomático el ejemplo del surrealismo como objeto de análisis para abrir su consideración sobre el siglo xx. Es evidente que la voz del crítico de la estética está presente pero, Benjamin, además, nos presenta al surrealismo como la apertura que se hace en la actualidad desde una nueva forma de percepción de la realidad social que recupera un sentido especialmente profundo en la captación de la realidad urbana. Esta apertura es una búsqueda en la subjetividad del individuo histórica y socialmente situado, que habita un mundo de objetos técnicamente producidos que son el signo del presente. El correlato de esta objetividad modelada por la producción de mercancía a escala industrial es la pobreza de experiencia; el surrealismo se postula como una brújula en el terreno de la experiencia que se expande hacia el territorio del sueño. En ese punto se abre el ámbito de las imágenes, *Bildraum*, que relaja al individuo y lo

instala en una ebriedad que permite tomar distancia de la experiencia de vigilia y acreditar alguna recompensa por la demanda imperativa del mandato de la producción. El surrealismo postula entonces su sentido como la posibilidad de sumar la fuerza de la ebriedad a la revolución como propusiera André Breton en el *Manifiesto surrealista*. La operación que propone el surrealismo es, según Benjamin, una iluminación profana desde una “inspiración materialista, antropológica” y preñada de referencias políticas. Entonces, una vez más, se abre la galería de individuos benjaminiana: “El lector, el pensativo, el que espera, el que calleja son tipos iluminados igual que el consumidor de opio, el soñador, el ebrio. Y sin embargo son profanos” (Benjamin 1998: 59). Este carácter profano supone la incorporación en la realidad social de esta nueva referencia de la conciencia que inyecta otro sentido de libertad; además, las imágenes no se rigen por el orden lógico del lenguaje y ello implica una experiencia diferente que desafía la representación desde una dimensión más básica, prelingüística.

Naturalmente, la referencia de Benjamin para esta vía de lectura es la sociología de Simmel (Simmel 1977 y 2002) y su visión de la situación de la cultura que concibe a partir del análisis de la estructura fetichista de la mercancía (Marx 1983: capítulos I y II). En ella se reconocen muchos de los rumbos del pensamiento benjaminiano pero, el giro que le da Benjamin es la incorporación del individuo a las zonas de mediación entre lo subjetivo y lo objetivo; este individuo urbano tramita este intercambio en términos vitales concretos y se constituye como titular de una experiencia, una modulación diferenciada de las experiencias socialmente dominantes; el individuo puede aprovechar un margen de libertad disponible que de ninguna manera es obvio, ya que está ligado a un esfuerzo de construcción voluntaria y apasionada. Esta es la confrontación que moviliza Benjamin con el neokantismo: incorporar al campo posible de la acción individual un punto de ruptura con la lógica establecida, una perspectiva para la formulación crítica ante la sociedad existente. Se trata de “Un concepto de libertad que no ha habido en Europa desde Bakunin. Los surrealistas lo tienen” (Benjamin 1998: 57). Esta iluminación profana es una ruptura en términos de conciencia que sigue, además, un rumbo de politización por vía de una libertad construida con un gran sacrificio y que debe disfrutarse mientras dure y sin ningún cálculo pragmático. Esta es la “dialéctica de la ebriedad” que protege la posibilidad de mantener una experiencia de la libertad en medio de un mundo modelado por la técnica y la lógica de la mercancía.

Este recelo ante la técnica es hijo de la historia europea y proviene de la advertencia de la generación de soldados de la primera guerra mundial que aprendió, trágicamente, que el escenario desenfrenado de la técnica vivido en el campo de batalla era el verdadero resultado de los progresos técnicos del siglo XIX que, sobre todo, los dejaban mudos ante sus propias experiencias. Justamente en eso consiste la pobreza de la experiencia, en no disponer del acceso al lenguaje para comunicarla.

El surrealismo aparece entonces, como una ruptura activa que retoma la búsqueda de una experiencia de la libertad y que, pese a no estar ligada a una lógica de difusión social o política efectiva, al menos, confronta con las limitaciones de la noción moralista y liberal de libertad. Benjamin pone en foco que la pervivencia de una dimensión alternativa a la lógica establecida, aunque no garantice una revolución, puede propiciar una revuelta que permita un despertar de la conciencia ante la entrada al siglo XX, que aparece como pesadilla violenta, luego de los sueños de progreso que prometió el XIX.

El surrealismo, última instantánea de la inteligencia europea, de 1929 (Benjamin 1998: 41-62.), conecta la sensibilidad anarquista con el carácter de ruptura y diferencia que abre la propia sensibilidad del individuo. Ese ámbito de las imágenes, *Bildraum*, completa ahora la figura de un **sujeto** que dispone de una dimensión real de su conciencia desde la que distanciarse de ese mundo de objetos (mercancía) que lo esclaviza y en el que, sin embargo, mantiene un margen de libertad.

Cuando Benjamin emprende su excursión histórica por los *Pasajes* lo hace pensando en este complejo de sensibilidad anarquista y de búsqueda de la comprensión crítica de la libertad, en medio del señorío de la lógica de la mercancía: “En el centro de este mundo de cosas está el más soñado de sus objetos, la misma ciudad de París. Pero sólo la revuelta extrae por completo su rostro surrealista. (Calles vacías de gente, en las que los silbidos y los disparos dictan la decisión.)” (Benjamin 1998: 50). La revuelta, además de ser una forma de praxis política, claramente cumple una función cognitiva, ya que nos muestra un aspecto del mundo al que no accederíamos sin ella.

Con el *Libro de los Pasajes*, *Das Passagen-Werk*, Benjamin suma el poder de su deslumbrante conocimiento histórico a la búsqueda del sentido del “más soñado de los objetos”, en la peculiarísima concepción de una historia que no tiene “nada que contar y todo que mostrar”, una historia

narrada desde las imágenes tal como, provocativamente, promete salirse del historicismo y su burdel del “érase una vez”.

El proceso histórico

Es muy importante señalar, antes de abordar la manera de pensar la historia a partir del materialismo de Marx y Engels, la diferencia de recepción que hay entre las lecturas posibles en los años treinta, época en la que la posición benjaminiana respecto del materialismo estaba todavía en vísperas de sufrir importantes torsiones, y la que podemos tener ahora a la vista de una recopilación pormenorizada y mucho más amplia de las obras de estos autores. El nuestro es un mapa meditado y sometido a una abundante variante de perspectivas; en cambio, la posición de Benjamin como receptor es la de alguien que, desde la discusión político teórica de la época, arremete una producción en muchos aspectos a ciegas de la formulación completa de las teorías que están, de hecho, en el centro de la cuestión. Con esta advertencia, que descarta cualquier conexión hermenéutica que pueda atribuírsele al propio Benjamin, lo que me interesa es dilucidar qué es lo que se encuentra en juego en las *Tesis* sobre la concepción de la historia.

Creo que hay dos núcleos centrales muy visibles que nos dejan pensar cómo se coloca Benjamin en pos de una consideración materialista de la historia. La cuestión es relevante teniendo en cuenta que en la perspectiva materialista de Marx y Engels no hay un formato definido, acabado e inequívoco acerca de la conceptualización de la historia, más bien, al contrario, hay una serie de puntos de partida para pensar la cuestión que toman rumbos diferentes, a menudo contradictorios o mutuamente excluyentes en un sentido fuerte. Por ello, las *Tesis* deben ser leídas como la apertura a un campo de sentido para nada uniforme y mucho menos inequívoco.

En primer lugar, me parece que Benjamin debe ser ubicado como parte de la generación de teóricos que dispuso del acceso a los trabajos del “joven Marx” que habilitaron con su recepción la confirmación de las lecturas que constituyeron el origen del Marxismo Occidental. Los fundadores de esta perspectiva, Lukács, Korsch y Gramsci elaboraron sus aportes a ciegas de estos materiales invaluable (tanto *Manuscritos: economía y filosofía* como *La Ideología Alemana (LIA)* fueron conocidos a partir de 1930) confirmando muy ampliamente el carácter excepcional de esos aportes. Benjamin organiza la visión que presenta en las *Tesis* sobre el concepto de

historia en una notable vecindad con la perspectiva de *LIA* de Marx y Engels al menos en dos aspectos que deberían considerarse. Por un lado, está presente la alegoría de los autores de *LIA* al presentar a la historia como un proceso en el que cada generación se apoya en las espaldas de las generaciones anteriores “como sobre las espaldas de gigantes” para llevar adelante las tareas de la reproducción de su propia vida en el marco de la división del trabajo, de la creación y consolidación del poder social extraño. Ahora bien, las generaciones en *LIA* son las encargadas de heredar el desarrollo de las fuerzas productivas y, a partir de ello, resolver sus propias necesidades; en este punto, los autores destacan muy claramente que la existencia de condiciones revolucionarias están vinculadas con una cierta situación de las fuerzas productivas y con la formación de una masa revolucionaria que se levante contra “la producción de la vida” vigente hasta ahora (Marx/Engels 1985: 39-41).

Pero las *Tesis* abren otro desafío que mira de forma muy diferente la lógica de relación de las generaciones entre sí. Por supuesto que no es neutro el hecho de que fueran redactadas a principios de 1940 en pleno despliegue del régimen nazista por Europa pero, es necesario precisar cómo modela Benjamin la relación intergeneracional en las *Tesis*. Efectivamente, en momentos del triunfo de la contrarrevolución, Benjamin desconecta la sucesión de las generaciones del proceso de desarrollo de las fuerzas productivas y de la creación de una clase revolucionaria como se presenta en *LIA*. Podría decirse, en términos generales, que Benjamin no atiende a la lógica estructural de la sociedad capitalista para pensar la relación, ni a las derivaciones en términos de rumbo hacia el progreso, donde se suman el legado del desarrollo de las fuerzas productivas y, simultáneamente, la emergencia de una clase revolucionaria. En la tesis II, lo que se acentúa es la mirada al pasado en el que la generación anterior, como todas las generaciones, con una fuerza mesiánica débil en la que late una lucha no ganada, una felicidad no cumplida, esa generación pasada nos devuelve la pretensión que sostuvo, “No se puede despachar esta exigencia a la ligera. Quien profesa el materialismo histórico lo sabe” (Benjamin 2009: 68). Acá se presenta el tema de la redención, *Erlösung*, de obvia connotación teológica pero que abre la cuestión de las generaciones que han muerto en la injusticia. La tesis III, en una línea complementaria, señala: “Claro que sólo a la humanidad redimida pertenece su pasado de una manera plena. Esto quiere decir que el pasado sólo se hace citable, en todos y cada uno de sus momentos a la humanidad redimida” (Benjamin 2009: 81). El lazo de

estas generaciones tiene que ver con la recuperación de una fuerza mesiánica débil que no llegó a su realización y ante la que la presente generación adeuda una atención responsable por ese impulso utópico defraudado.

La tesis VIII establece un alcance más amplio todavía: “La tradición de los oprimidos nos enseña que ‘el estado de excepción’ en el que vivimos es la regla. Debemos llegar a una concepto de la historia que se corresponda con esta situación” (Benjamin 2009: 143). El gesto seco de estas pocas líneas dice, duramente, que toda la historia de la humanidad tiene la misma forma de la dominación de una clase por otra, que la historia en su conjunto es la prehistoria del género humano y que todas las generaciones pasadas están a la espera de una concepción de la historia que pueda recuperar ese pasado de sufrimiento humano. El lazo entre las generaciones reclama luchar por la tradición de los oprimidos, de los derrotados.

Ni progreso, ni desarrollo de las fuerzas productivas pueden acoger a la tradición de los derrotados porque, en el rumbo de la espera, consagramos un seguro futuro de injusticia con las víctimas pasadas y venideras. Sin necesidad de potenciar las referencias teológicas de la perspectiva de las *Tesis* resulta evidente que estamos ante un tipo de materialismo que no cede fácilmente la clave interpretativa a una sola vertiente de referencias; sin duda, la herencia de esta responsabilidad está en manos de la escritura de la historia.

La cuestión es que la actual generación de sujetos modernos urbanos no dejará, como es obvio, las páginas de la historia en blanco porque, al menos, aquellos individuos que viven en la ensoñación de su conciencia en el mundo de la mercancía también son portadores de aquella fuerza débil y, serían capaces de reponer, intermitentemente, una conciencia disonante con la presente situación histórica. Esto podría considerarse poco o, incluso, nada a partir de su falta de proyección político práctica pero, constituye en sí misma una manifestación de aquella **individualidad** de la que hablé antes y que es la portadora de una posible transformación de la conciencia. Esta es, efectivamente, una de las temáticas centrales de la inquietud que recorre *LIA* y debería insistirse mucho más en la preocupación explícita de Marx y Engels sobre el papel del individuo para resaltar la conexión con estos desarrollos benjaminianos; no tanto en términos de coincidencia como de la necesidad benjaminiana de reflexionar sobre las condiciones de existencia de la conciencia en tiempos de mengua revolucionaria.

En segundo lugar, quiero destacar que lo que antes planteaba en términos de un sujeto que se convierte en teórico y práctico por el hecho de

incorporase al ámbito objetivo de su propia sociedad y cultura, también, tiene que ver con *LIA* y su énfasis en descifrar la historia a partir de la práctica de los hombres concretos. La lectura benjaminiana del mundo de la circulación de la mercancía permite definir más precisamente las posibilidades efectivas de transformación social. Incluso, podría enmarcarse en el ámbito de la onceava “Tesis sobre Feuerbach”: “Los filósofos se han limitado a interpretar el mundo de distintos modos pero, de lo que se trata es de transformarlo” (Marx/Engels 1985: 668) siempre que entendamos que esta transformación del mundo está localizada exclusivamente en el terreno de la conciencia; se trata de una fuerza activa, interior al sujeto y por ello una fuerza débil, sin embargo, no es indiferente su detección y preservación; justamente, la escritura de la historia benjaminiana recogerá los indicios de estas manifestaciones de conciencia, de sus antecedentes objetivos y con ello modelará los rasgos de la prehistoria (*Urgeschichte*) del siglo XIX.

La representación de la historia

Me gustaría destacar otro aspecto importante en la conexión entre la obra de Walter Benjamin y el marxismo de la “tradición clásica”, como lo llama Perry Anderson, que me permitiría retomar la incursión en el tema del sujeto que planteara en un inicio y detuviera, centralmente, en la referencia a la cuestión de la individualidad. El punto es que en las *Tesis* reaparece un formato muy reconocible en Marx y que nos remite a otro costado de las múltiples concepciones de historia que conviven en su producción. Apelo entonces al *Manifiesto comunista* donde la Historia es presentada como la confrontación agónica entre dos clases fundamentales: amo y esclavo, señor y siervo y, finalmente, burguesía y proletariado según la forma en que en el capitalismo se presenta la confrontación básica entre clases. Ahora bien, las *Tesis* proponen otra enunciación y en ella se condensan muchos elementos significativos. Trataré de dar algún indicio de ello.

En las *Tesis* hay una enunciación cruzada acerca de la historia en la que se alude al sujeto del proceso histórico (*Geschichte*). Ahora, lo que me interesa revisar es cómo se presenta este sujeto de modo que no coincide exactamente con el proletariado. Mucho menos considerando la manera en que lo recibiera, como referencia teórico ideológica, la generación frankfurtiana a partir de la perspectiva del Lukács de *Historia y Conciencia de clase*:

el proletariado como sujeto/objeto idéntico de la historia, lo cual implica la resolución anticipada del núcleo conflictivo que animaba al *Manifiesto comunista*. La historia deja de tener el contenido aleatorio y sorpresivo que planteaban las corrientes comprensivistas, vitalistas y neokantianas de la época para incorporar un elemento **asimétrico** en la confrontación burguesía/proletariado que anticipa con certeza el mejor final. El proletariado cumplirá su triunfo definitivo satisfaciendo la más profunda intriga de la dialéctica al descifrar completamente la interrelación entre sujeto y objeto a partir de la coincidencia, de hecho, de estas dos dimensiones ontológicas en el propio proletariado. A esto debe sumarse el incuestionable carácter superior del proletariado en el plano ético-político, dado que es la única clase que tiene una perspectiva universal en términos de interés de clase, lo cual significa, en el terreno práctico, que se liberará la humanidad en su conjunto al liberarse el proletariado; ésta es la asimetría decisiva que convierte al proletariado en la clase salvadora de la historia. Y como si esto no fuera suficiente, el partido comunista es capaz de inocular la conciencia que el proletariado no tuviera. Esta combinación de asimetría jerárquica, garantía ontológica más seguro político, será suspendida por la lectura benjaminiana y relanzada a la arena particularista de la historia. Una vez más la historia suple las limitaciones de la abstracción.

Ahora bien, si no estamos, exactamente, ante el proletariado como sujeto de la historia, ¿cuál es el agonista de la historia?, ¿cómo tenemos que pensar ese sujeto? Si nos dejamos guiar por la confrontación de dos agonistas fundamentales nos toparemos, al buscar en las *Tesis*, con los “triunfadores” y “los oprimidos”; éste es el escenario histórico que nos presenta Benjamin ordenado en el formato de una confrontación binaria. Podemos pensar desde la “tradición de los oprimidos”, como nos propone la tesis VIII (Benjamin 2009: 143), que el estado de excepción del presente en épocas del fascismo es la regla; esto es, que hasta el presente ha regido el estado de excepción, o bien que la historia en su conjunto es un campo homogéneo en el que permanentemente rigió la opresión. Esto implica entender la historia como lo hiciera Marx cortándola éticamente en dos, entre la prehistoria del género humano y la historia que comenzaría recién al salvarse la injusticia del presente. En las *Tesis*, la confrontación entre las dos categorías principales no se refiere a la matriz de la estructura económica de la sociedad en la que se plantea una contradicción a partir de la propiedad de los medios de producción, sino que se trata de una oposición surgida en otro ámbito, no desconectado con el anterior pero, diferente.

El punto desde el que se establece la confrontación es el modo en que se concibe justamente la historia, lo cual, en el caso del materialismo es central porque ésa es la preocupación capital para el materialismo histórico: descifrar la historia.

Aparece aquí, entonces, el otro ramal de la enunciación cruzada de la que hablé, que se refiere a la representación de la historia, a la historiografía (*Geschichtsschreibung*), que es en rigor el centro de la preocupación de las *Tesis* y que nos debe hacer siempre presente la idea de “educación materialista” cuya tarea está destinada a sacudir los tesoros culturales y hacerse de ellos. El sujeto de esta referencia es un sujeto teórico que produce historia y, ante todo, no es un sujeto trascendental sino el sujeto real del que hemos hablado anteriormente. La confrontación de dos fuerzas, entonces, está situada en un debate ideológico respecto de la representación de la historia y es allí donde debemos localizar la contienda principal. Por un lado, están los historiadores historicistas en completa empatía con los vencedores que son los “herederos” que se han apropiado de una acumulación que defienden y que, invariablemente, sostiene el interés de los vencedores del presente. Benjamin los presenta con la jerga de la propiedad económica de los bienes materiales, como custodios del botín arrebatado a lo largo de la zaga de los vencedores y del lado de sus intereses. A esa posición se les opone la “tradición de los derrotados”, una corriente secreta de ataque al formato establecido y abstracto del tiempo historicista uniforme, vacío y, además, lejano a las turbulencias de la vida. Contra el historicismo y su abstracción, su pereza del corazón, su acedia, su tristeza, la “tradición de los derrotados” despliega su potencial destructivo y escribe una historia diferente.

Hay otra acepción de los oprimidos que está planteada en la tesis XII donde Benjamin nos dice: “El sujeto del conocimiento histórico es la clase oprimida que lucha.” (Benjamin 2009: 197). La tesis es interesante, por varios motivos, para pensar el problema del sujeto y volveremos sobre ella a continuación. En primer lugar, obviamente, hay una sinonimia muy definida con el proletariado pensando en el *Manifiesto comunista*, ya que se lo presenta como la última clase esclavizada pero, además, se trata del “sujeto del conocimiento histórico”. Hasta aquí podría tratarse de la posición más vecina posible al Lukács de *Historia y conciencia de clase*, esto es: el proletariado en lucha se convierte en sujeto del conocimiento histórico, una instancia encuadrable en el camino lukacsiano que culmina en la transparencia de los mecanismos sociales, resultado cognitivo/social/práctico, producto de la praxis revolucionaria. Pero, la asimetría se hace patente en

otro terreno, ya que en esta tesis también se postula la suspensión de la marcha al futuro venturoso de mano del progreso, no hay gradualidad de la mejora social para Benjamin; en su lugar, aparece la **posibilidad** de un salto, de ruptura y no de continuidad progresiva aunque las proyecciones de esta posibilidad revolucionaria no se apoyan en la marcha venturosa de la humanidad.

Memoria

Para tratar algunos aspectos acerca de la pregunta por la memoria en las *Tesis*, me propongo, como punto de partida, la tesis XII, donde se abre el **complejo** en el que se instala la memoria. La tesis tiene mucha intensidad en su concisión:

Necesitamos historia, pero la necesitamos de una manera distinta a como la necesita el holgazán mal criado en el jardín del saber.
(Nietzsche, *Sobre las ventajas e inconvenientes de la historia*)

El sujeto del conocimiento histórico es, por supuesto, la clase oprimida que lucha. En Marx se presenta como la última clase esclavizada, la clase vengadora⁴ que lleva hasta el final la tarea de liberación en nombre de las generaciones vencidas. Esta conciencia, que vuelve a cobrar vigencia por breve tiempo en la Liga espartaquista, le ha resultado siempre escandalosa a la socialdemocracia. En tres decenios casi logró apagar el nombre de un Blanqui, cuyo timbre de bronce conmovió al siglo pasado. La socialdemocracia tuvo a bien asignar a la clase obrera el papel de redentora de las generaciones venideras. Con ello seccionaba los nervios de su mejor fuerza. La clase obrera desaprendió en esa escuela tanto el odio cuanto la voluntad de sacrificio. Uno y otra se nutren, en efecto, de la imagen de los abuelos esclavizados, no del ideal de los nietos liberados. (Benjamin 2009: 197)

La primera referencia que Benjamin apunta en esta tesis con la cita nietzscheana, tiene que ver con la intensa conexión entre historia y tiempo presente; relación que el historicismo se empeña en desmentir, en favor de la pureza del objeto de la historia, llegando, incluso, a proponer el ol-

⁴ Quiero hacer algún comentario respecto de la “clase vengadora” y del “odio”, dos referencias rípidas que, en primer lugar, deben entenderse en el ámbito de la sensibilidad nietzscheana en perspectiva inmoralista. No obstante, para despejar cualquier gesto de naturalización, debe subrayarse que la venganza consiste, claramente, en culminar la obra de liberación y, por su parte, el odio es dirigido al sistema que produce la opresión. Entiendo que es improbable desmentir esta interpretación.

vido de todo el tiempo posterior a la historia que intentamos conocer. Decididamente, Benjamin piensa en una historia que no se desentiende de las condiciones del presente, con una vinculación con la práctica y la producción de nuevas acciones y sentidos; en consecuencia, pone de su lado el vitalismo nietzscheano al convertirlo en útil para la lucha que llevan adelante los oprimidos.

La tesis propone un escenario de confrontación binaria marcado por las perspectivas de la clase oprimida en lucha y, por otro lado, por la socialdemocracia; las posiciones se bifurcan a partir de las diferentes ubicaciones desde las que se insertan ambos actores en el presente. Benjamin distingue entre la clase oprimida que lucha y actúa en el presente poniendo atención a las generaciones vencidas,⁵ oponiéndola a la posición de la socialdemocracia que le atribuye a la clase obrera el papel de redentora de las futuras generaciones.

Este corte entre mirar la historia/mirar al futuro establece la primera nota de la crítica, en tanto esa expectativa por el futuro de progreso modela la resignación de la clase trabajadora y la separa de la lucha.

Esta perspectiva se conecta directamente con otra sensibilidad respecto del desarrollo histórico; la socialdemocracia no sólo mira al futuro y se pone en espera sino que además, toma al progreso como ideal propio de la clase, como una promesa de mejoría para el mañana, con lo cual, se acepta el presente sin cuestionamiento porque se trata del prólogo a la felicidad futura.

El corte que define esta confrontación es la lucha, efectivamente, la clase oprimida es sujeto de conocimiento **en tanto lucha** y la socialdemocracia no es auténticamente un sujeto histórico de conocimiento en tanto se incorpora socialmente aceptando las reglas vigentes. Los sectores oprimidos no entran en lucha por el solo hecho de ser oprimidos o por su

5 En *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, Marx trata la relación entre la memoria y el presente. Refiriéndose a los actores históricos del presente revolucionario, dice: “**La tradición de todas las generaciones muertas** oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. Y cuando estos aparentan dedicarse precisamente a transformarse y transformar las cosas, a crear algo nunca visto, en estas épocas de crisis revolucionaria es precisamente cuando conjuran temerosos en su auxilio los espíritus del pasado” (Marx 1978: 95). Y, más adelante, “La revolución social del siglo XIX no puede sacar su poesía del pasado, sino solamente del porvenir. No puede comenzar su propia tarea antes de despojarse de toda veneración supersticiosa por el pasado” (Marx 1978: 97). Es obvio que estas referencias de Marx, entre otras, fueron consideradas por Benjamin en su elaboración de las *Tesis*. Benjamin lejos de captar una presión proveniente de la tradición de todas las generaciones muertas, lo que pone en juego es la demanda de esa tradición por actualizar la lucha. El reclamo es de escucha y compromiso ético político (resaltado mío).

pertenencia de clase, lo hacen a partir de ciertas concepciones. El **complejo**, del que venimos hablando, en el que se integra la memoria, *Gedächtnis*, supone entonces la relación entre el presente y una visión de la historia que permite habilitar el recuerdo, *Erinnerung*, en virtud de la relación que se establece con el pasado.

En este contexto podemos retomar la tesis XII atendiendo a un centro principal de esta conexión con la historia: el recuerdo, *Erinnerung*, que aquí está visiblemente expuesto. Se trata del poder de la evocación histórica que tiene la tesis y cómo se construye esa historia que es capaz de rescatar el pasado. El recuerdo es el que puede llevar adelante ese recate del pasado.

El recuerdo que nos plantea esta tesis tiene como referencia a la Liga espartaquista, y a la conciencia combativa que repuso en su época y que, por supuesto, incluye la reconsideración de la responsabilidad de la socialdemocracia en la represión al movimiento espartaquista en 1919, dirigida por Gustav Noske. Esto es parte de la sensibilidad de mirar a la historia para traerla al presente y que sirva para la vida. Junto con el recuerdo de Noske y la socialdemocracia, vienen también Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht como, asimismo, la gran cantidad de víctimas asesinadas en varias ciudades alemanas y, es allí, en ese escenario de cruce de pasado y presente donde se produce el recuerdo, *Erinnerung*, que genera la historia. Se cita también a Marx y a la figura silenciada de Louis Blanqui, e inclusive al propio Espartaco, esclavo rebelde, retomado desde la antigüedad romana, que inspiró a los luchadores de 1919.

Ahora bien, el texto de la tesis no es de 1919, sino de 1940. Esta es la forma que toma la historia benjaminiana para recordar y en la tesis VI dice, famosamente, Benjamin contra el historicismo:

Articular históricamente lo pasado no significa ‘conocerlo como verdaderamente ha sido’. Consiste más bien, en adueñarse de un recuerdo tal y como brilla en el instante de un peligro. Al materialismo histórico le incumbe fijar una imagen del pasado, imagen que se presenta sin avisar al sujeto histórico en el instante de peligro. (Benjamin 2009: 113)

Así podría completarse la operación histórica del materialismo en el escenario que plantea la tesis XII: en el momento del peligro de la dominación del nazismo la saturación de tensiones entre la imagen de 1940 y 1919. Aquí se opera un rescate del pasado como imagen fugazmente cognoscible,

es un pasado salvado que puede desaparecer cada vez que un presente no se reconozca en él.⁶

Nuevamente con el ánimo vitalista nietzscheano, la tesis XII señala la superioridad combativa de la imagen (*Bild*) del abuelo esclavizado, por encima del ideal del nieto liberado que convierte en ideal propio de la clase trabajadora –bajo la forma mítica del progreso– las que son las cadenas de su dominación real. En este caso, el vínculo de las generaciones en la historia como rescatábamos desde *LIA* nos muestra la confrontación de dos lecturas de la historia.

Quiero resaltar que el rescate de las generaciones vencidas a través de la memoria, a través de las imágenes del pasado, supone recuperar como energía ese pasado; la memoria ocupa un lugar jerarquizado en la construcción histórica y además es una potencia disponible en la lectura política del presente. Por otra parte, el vehículo del recuerdo es la imagen que se integra al poderoso *Bildraum*, ámbito de las imágenes, que posibilitara las experiencias de la libertad que forjó el surrealismo. Benjamin apuesta a una incorporación de la memoria al campo de la discusión histórica y política y se trata sin duda de una memoria destinada a transformar el presente.

Bibliografía

- ANDERSON, Perry (1990): *Consideraciones sobre el Marxismo Occidental*. México, D.F.: Siglo XXI.
- BENJAMIN, Walter (1998): *Imaginación y sociedad. Iluminaciones I*. Madrid: Taurus.
- (2000): *Gesammelte Briefe*. Band VI. München: Deutscher Taschenbuch Verlag. [Versión castellana en *New Left Review* 51, Julio/Agosto 2008].
- (2005): *Libro de los pasajes*. Madrid: Akal.
- (2009): “Sobre el concepto de historia”. Publicado en: Mate, Reyes: *Medianoche en la historia*. Madrid: Trotta.
- (2013): *El París de Baudelaire*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- MARX, Karl (1974): *Manuscritos: economía y filosofía*. Madrid: Alianza.
- (1978): *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. Moskwa: Progreso.

⁶ En este contexto puede señalarse que Benjamin se diferencia nítidamente de Marx al darle tan notable centralidad a la función decididamente positiva del recordar en su elaboración sobre la representación histórica, no concibe como interferencia o traba la mediación de la memoria. Igualmente debe decirse que Marx y Benjamin coinciden en la consideración sobre la “veneración supersticiosa por el pasado” que en Benjamin aparece como el pasado narrado por la perspectiva historicista.

— (1983): *El capital*. Tomo I/Volumen I. México, D.F.: Siglo XXI.

MARX, Karl/ENGELS, Friedrich(1998): *Manifiesto comunista*. Barcelona: Crítica.

— (1985): *La ideología alemana*. Buenos Aires: Pueblos Unidos.

OPITZ, Michael/WIZISLA, Erdmut (ed.) (2011): *Benjamins Begriffe*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.

PÉREZ, Alberto (2005): “La historización de la muerte en *Dialéctica Negativa* de T. W. Adorno”. En: *Revista Internacional de Filosofía Política*, 26, pp. 17-44.

SIMMEL, Georg (1977): *Filosofía del dinero*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.

— (2002): *Sobre la individualidad y las formas sociales*. Escritos escogidos por Donald Levine. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.